



Erasmo Zarzuela

Maltiempo

Hace tres días regresaron los hombres de la luna. Nadie habla de otra cosa. Fue un viaje magnífico y aterrador. La televisión nos la enseñó de cerca: arenas, cenizas, rocas, el horizonte demasiado breve, parecían que el astronauta se fuese a caer por la borda. ¡Cuántas cosas averiguaremos de la luna! Su estupenda, desolada soledad infinita, su encantamiento, ¿un vacío?, su superficie igual que el espacio que la rodea; caminos empoderados hacia todos los estrellitas. Subremos muchas cosas de la luna, composición química, distancias, logos y grillas. Y sin embargo... ¿le quitarán su mío? ¿perderá su tumba? Quiero pensar que no ha pasado nada. La luna no es eso. La luna es la distancia de aquí a la luna. Es la luz de la luna misma e infinita. Es también su sombra, la cortoza de que allí está esparcido. Mientras no nos la quiten, mientras no la hagan girar en órbita alrededor de otro planeta, la luna será nuestra como siempre hemos pensado: un hermoso sueño, una distante luz que nos penetra, un suave amor profundo y quieto en nuestro corazón. La luna será siempre el resplandor que nace de nosotros en la noche y en la soledad.

Jaime Sabines. México, 1920 - 1999.


el duende
 director: luis urquiza m.
 consejo editor: alberto guerra g.
 edwin guzmán o.
 benjamín chívez c.
 erasmo zarzuela c.
 coordinación: julio garcía o.
 diseño: david ángel illanes
 casilla 448 telfs. 5276816-5288900
 e-mail: duendejulian@hotmail.com



Oruro SA

Zona Franca

Me caigo y me levanto



Nadie puede dudar de que las cosas recaen. Un señor se enferma, y de golpe un miércoles recae. Un lápiz en la mesa recae seguido. Las mujeres, cómo recen.

Teóricamente a nadie o a nadie se le ocurriría recaer pero lo mismo está sujeto, sobre todo porque recae sin conciencia, recae como si nunca antes. Un jazmín, para dar un ejemplo perfumado. A esa blanca, ¿de dónde le viene su penosa amistad con el amarillo? El mero permanecer es recaída; el jazmín, entonces. Y no hablamos de las palabras, esas recayentes desplorables, ni de los buñuelos fríos, que son la recaída clavada.

Contra lo que pasa se impone pacientemente la rehabilitación. En lo más recaído hay siempre algo que pugna por rehabilitarse, en el hongo pisoteado, en el roloj sin cuorda, en los poemas de Pérez, en Pérez. Todo recayente tiene ya en sí a un rehabilitante pero el problema, para nosotros los que pensamos nuestra vida, es confuso y casi infinito.

Un caracol segregá y una nube aspira; seguramente recaerán, pero una compensación ajena a ellos los rehabilita, los hace prepararse poco a poco a lo mejor de sí mismos antes de la recaída inevitable. Pero nosotros, tía. ¿Cómo haremos? ¿Cómo nos daremos cuenta de que hemos recaído si por la mañana estamos tan bien, tan café con leche, y no podemos medir hasta dónde hemos recayido en el sueño o en la ducha? Y si sospechamos lo recayente de nuestro estado, ¿cómo nos rehabilitaremos? Hay quienes recaen al llegar a la cima de una montaña, al terminar su obra maestra, al asentarse sin un solo tajito; no toda recaída va de arriba abajo, porque arriba y abajo no quieren decir gran cosa cuando ya no se sabe a dónde se está.

Probablemente Icaro creía tocar el cielo cuando se hundió en el mar opónimo, y Dios te libre de una zambullida tan mal preparada. Tía, ¿cómo nos rehabilitaremos?

Hay quien ha sostenido que la rehabilitación sólo es posible alterándose, pero olvidó que toda recaída es una desalteración, una vuelta al barro de la culpa. Somos lo más que somos porque nos alteramos, porque salimos del barro en busca de la felicidad y la conciencia y los pies limpios. Un recayente es entonces un desalterante, de donde se sigue que nadie se rehabilita sin alterarse. Pero pretender la rehabilitación alterándose es una triste redundancia: nuestra condición es la recaída y la desalteración, y a mí me parece que un recayente debería rehabilitarse de otra manera, que por lo demás ignoro.

No solamente ignoro eso sino que jamás he sabido en qué momento mi tía o yo recaemos. ¿Cómo rehabilitarnos, entonces, si a lo mejor no hemos recayido todavía y la rehabilitación nos encuentra ya rehabilitados? Tía, ¿no será ésa la respuesta, ahora que lo pienso? Hagamos una cosa: Usted se rehabilita y yo la observo. Varios días seguidos, digamos una rehabilitación continua, usted está todo el tiempo rehabilitándose y yo la observo. O al revés, si prefiere, pero a mí me gustaría que empezara usted, porque soy modesto y buen observador. De esa manera, si yo recaigo en los intervalos de mi rehabilitación, mientras que usted no le da tiempo a la recaída se rehabilita como un cine continuado. Al cabo de poco nuestra diferencia será enorme, usted estará tan por encima que dará gusto. Entonces yo sabré que el sistema ha funcionado y empezaré a rehabilitarme furiosamente, pondré el despertador a las tres de la mañana, suspenderé mi vida conyugal y las demás recaídas que conozco para que sólo queden las que no conozco, y a lo mejor poco a poco un día estaremos otras vez juntos, tía, y será tan hermoso decir: "Ahora nos vamos al centro y nos compramos un helado, el mío de frutilla y el de usted con chocolate y un bizcochito".

Julio Cortázar. 1914 - 1984.
 "Me caigo y me levanto" pertenece a su libro
 "La vuelta al día en ochenta mundos".